



# LAS DOS MUÑECAS

MONÓLOGO PARA UNA NIÑA

*A la ilustrada señorita Rafaela Suárez, directora de la Escuela Normal para profesoras.*

¡Ya estás aquí, picaruela!  
Buenas tardes, linda alhaja,  
¡Jesús! por ver esta caja  
No estudié nada en la escuela.

Supé yo que estaba aquí  
y ansiaba venir volando;  
veremos; estoy temblando.  
¿Abriré la caja?... ¡Sí!



¡Fuera cintas! hay que ver  
lo que esconde la cajita  
(*saca la muñeca y exclama gozosa:*)  
¡ay! ¡qué guapa! ¡qué bonita!  
¡qué dichosa voy á ser!

¡Qué rizos tan hechiceros!  
¡qué boquita! ¡labios rojos!  
y más que todo, unos ojos  
brillantes como luceros.

Rico el vestido y de moda,  
¡qué sonrisa! ¡qué semblante!  
es usted muy elegante;  
¡me gusta usted toda, toda!

Pero toda, sí, señora,  
¡entiéndalo bien, todita!  
es usted... ¡retebonita!  
más bien dicho, encantadora.

Y ya que cayó en la red  
de mi cariño sin tasa,  
aquí tiene usted su casa,  
yo soy la mamá de usted.

No una mamá impertinente,  
ni terca, ni regañona,  
sino muy buena persona,  
muy amable y muy decente.

Y no es esto vanidad,  
ni de orgullo tiene traza,  
yo soy decente de raza  
y amable de calidad.

¿Conque usted vale un Perú  
por elegante y bonita?  
muy bien; desde hoy, señorita,  
nos vamos á hablar de tú.

Y es justo comenzar ya  
sin apenarnos por eso,  
vamos á ver, dame un beso  
y dime, ¿cómo te vá?

Está bien, vienes contenta,  
no quieres otro vestido,  
dí la verdad, ¿te han querido  
en donde estabas de venta?

Sé que allí te consentían,  
te vestían, te peinaban;  
pero mira, no te amaban,  
la prueba es que te vendían.

Yo que con amor profundo  
siento que te estoy queriendo,  
no te cambio ni te vendo  
por todo el oro del mundo.

Y esto es cierto: ya lo ves,  
mucho sufrí por tenerte,  
y te amaré hasta la muerte  
sin farsa y sin interés.

Conmigo vas á vivir,  
á gozar y á padecer;  
juntas hemos de comer,  
juntas hemos de dormir.



Y siempre serás honrada  
por convicción y placer,  
pues sin honra una mujer  
ni vale ni puede nada.

Y estudiarás, sí, señora,  
lo juro que estudiarás,  
y así, más tarde, serás  
una buena profesora.

Yo estudio con ese afán,  
porque, sábelo, yo ansío  
deberle al trabajo mío  
sosiego, ventura y pan.

Eso forma mi ambición,  
pues mi madre me asegura  
que á la mujer dá ventura  
la virtud y la instrucción.

Pero en fin, vamos á ver  
si no eres tú perezosa,  
la pereza es una cosa  
impasable en la mujer.

Y de mi lecho al abrigo  
si mi sueño se renueva,  
veré á un ángel que me lleva  
al cielo junta contigo.

Yo he de enseñarte á rezar  
y rezaremos las dos,  
porque una niña sin Dios  
no sirve para el hogar.

Así me lo dice al menos  
mi madre que es muy piadosa  
y la oración es hermosa  
en los malos y en los buenos.

Y buena siempre serás,  
porque si así no lo fueras  
en cualquier parte vivieras,  
pero á mi lado jamás.

No por orgullo ó temor;  
más dice la madre mía  
que una mala compañía  
es peligro deshonor.

Mañana muy tempranito  
te daré tela y encaje,  
para que te hagas un traje  
muy sencillo y muy bonito.

Me dió de cuelga mi hermano  
una máquina muy bella,  
y aunque coserás con ella  
también coserás á mano.

Porque es muy bueno que aprendas  
lo mismo que yo, y es justo  
y me dará mucho gusto  
que en labor todo lo entiendas.

La máquina, es natural,  
sirve mucho, es muy sencilla,  
pero aún tengo mi almohadilla  
y mi aguja y mi dedal.



Y hago sola aunque despacio  
lo que la máquina haría,  
hay que ser pobre, hija mía,  
aunque se esté en un palacio.

Hay que llenar cada instante  
con alguna ocupación,  
pero basta de sermón,  
¡estás hoy muy elegante!

Tu sombrero es de la forma  
que me gusta; es muy nuevo,  
mañana mismo te llevo  
al Paseo de la Reforma.

Y allí te vas á lucir  
entre todas; lo aseguro,  
al verte, ya me figuro  
todo lo que han de decir.

—Miren qué rubia tan joven  
lleva en el coche esa chica,  
—es una niña muy rica,  
—¡cuidado, no se la roben!

¡Cuánto dinero habrá dado  
por ella... cincuenta pesos!  
y te enviarán muchos besos  
cuando pases por su lado.

Y al mirarte junto á mí  
dirán hallándote bella:  
—¡tuviera niñas como ella!  
¡tuviera una rubia así!

Pero cuidate de todas,  
no te deslumbren sus trajes,  
sus sombreros, sus carruajes,  
sus maneras y sus modas.

Quiéreme á mí solamente  
y á mí nada más, ¿estamos?  
pues si á otra quieres, nos vamos  
á disgustar seriamente.

Nunca tus labios de grana  
los juntas más que á los míos  
¡así! qué besos tan fríos,  
pareces de porcelana.

Y tu frente también es  
porcelana dura y fría,  
eres nieve, vida mía  
de la cabeza á los pies.

Reposa aquí entre mis brazos,  
duerme tranquila mujer

*(reflexionando con tristeza)*

¡si se llegara á caer,  
si se me hiciera pedazos!

Si mirara tu hermosura  
en toscos tiestos cambiada,  
si después fuera arrojada  
al cesto de la basura.

¡Ay! ¡ya comprendo también  
un nuevo misterio! ya,  
los ojos de mi mamá  
tristes á veces me ven.



Y es que se pondrá á pensar  
y á decir bañada en lloro,  
si esta muñeca que adoro  
me llega al fin á faltar.

Si sufre, si no me quiere  
si prefiere á otra persona,  
si peca, si me abandona,  
si se enferma, si se muere.

Ya adivino su disgusto,  
su mal, sus lágrimas, todo;  
con razón me vé de un modo  
que muestra ansiedad y susto.

No vuelvo á causarle enojos;  
sólo dichas le daré  
y con besos secaré  
las lágrimas de sus ojos.

Ven, niña; conmigo; así;  
junto á ese ángel adorado  
si ella me hubiera faltado  
tú no estuvieras aquí.

Ven á verme darle un beso  
y envidiarás su fortuna,  
pues á sus ojos soy una  
muñeca de carne y hueso.

Si tú te acabas, podrá  
darme otra igual en seguida,  
más si yo pierdo la vida  
mi pobre madre, ¿qué hará?



—Ven niña, conmigo, así...



Vamos á verla las dos  
con amor santo y profundo,  
porque una madre en el mundo  
es el reflejo de Dios.

